

APOLOGÍA de Lafuente

Por lo general, todos los pelos —de una misma persona y parte del cuerpo— son iguales o de una individualidad casi anecdótica, y es solo al encontrar uno en tu comida cuando estos adquieren una singularidad momentánea. Es, sin embargo, al agruparse, al formar una bola, cuando alcanzan una existencia cercana a lo animal y cuando, como todo ser, generan su propia atracción y su correspondiente repulsión.

Al contrario que las arañas, de una simetría enfermiza, la forma de las pelusas y pelusillas surge de la existencia, caótica y espontánea, un amasijo imprevisible. Yo he decidido compartir mi hogar con las pelusas, cohabitar un espacio suficiente para mí y para ellas: las bolas de pelos y polvo se esconden detrás de las puertas, en el desagüe de la ducha, debajo de las mesas o entre los dientes de los peines; espacios —hasta ahora— repletos de una total ausencia, espacios muertos. Ante la muerte, propongo el desorden: polvo eres y con polvo convivarás.